



Entre la dialéctica del lenguaje y sociedad: literatura infantil con perspectiva de género


Micaela Toscano

Resumen: Desde el sentido común, la literatura forma parte de una actividad culta. Desde el iluminismo, se evidencia un sistema que propone pensar a la lectura como un hecho aislado. Por el contrario, la literatura es una práctica social que debe leerse desde una perspectiva contextual. En este sentido, se encuentran situadas histórica y socialmente. Al igual que las prácticas de lectura y escritura tal como menciona la investigadora Viñas, se “resignifica en los distintos espacios que se transitan y por eso mismo, conforman un proceso de construcción de sentidos que no se agotan”. Si es un proceso que se desarrolla a largo de la vida: ¿qué hay del inicio?

Palabras clave: educación - lectura - género - igualdad.

El iluminismo utilizó el término objetivo para vincularlo, también, a la literatura. Esto incluye el género para el público infantil. Aún hoy, ésta es la visión que prima desde el cotidiano. La importancia del acercamiento de los primeros cuentos infantiles radica en que transmiten los valores que responden a la moral y la ética con la que se pretende formar las cosmovisiones de los/las niños/as. El objetivo principal, diría el positivismo, es iluminarlos con la luz de la sabiduría, debido a que no hay forma pre-existente. Esto ocurre a pesar de que en los sesenta, los niños fueron declarados sujetos de derecho con la Declaración Universal del Niño y que en los noventa se hayan manifestado las primeras teorías infantiles.

En consiguiente, hay que darles esa forma única y hegemónica. Sin embargo, desde una lectura contextual ésta forma ya existe, y se encuentra situada desde las prácticas históricas y relaciones sociales. De esta manera, Esther Ros García explica que la literatura infantil “emite imágenes simbólicas que aparecen en las historias para explicar el mundo social”. Entonces, si hay una forma preexistente porque desde que nacemos vivimos inmersos en el uso de la palabra. Y partiendo de ésta



afirmación, los cuentos en sí mismos son educativos. Colomer Martínez plantea que la literatura infantil es el instrumento socializador del primer orden. Es por esto que desarrolla las tres funciones que cumple:

La entrada al mundo imaginario sirve para dar cuenta del mundo social en el que vivimos. “Se trata de imágenes, símbolos y mitos que los humanos utilizan como fórmulas tipificadas para entender el mundo y las relaciones sociales”, escribe el autor (204, 2005). El traspaso en el agua para ingresar a otro mundo, es un ejemplo que sirve para que el niño pueda “dar forma a sus sueños, encarrilar sus pulsiones o adoptar diferentes perspectivas sobre la realidad”. Por otro lado, la segunda función tiene que ver con el aprendizaje de modelos narrativos y poéticos. Esto implica una familiarización con los diferentes formatos narrativos. En tercera instancia, la socialización cultural la cual implica ampliar el diálogo entre la colectividad y los pequeños para darles a conocer cómo es o cómo se desearía que fuese el mundo. Con respecto a esto el autor explica:

Al identificar las imágenes o las acciones de los personajes, los niños no aprenden únicamente a identificar lo que aparece representado, sino los valores que se atribuyen a todas esas cosas: qué se considera correcto o mal hecho, bello o asqueroso, normal o exótico, apropiado o fuera de lugar (2015, 215).

Es en esta socialización cultural que los estereotipos de género son transmitidos. Se visibilizan las imágenes de lo femenino y lo masculino con las que aprenden a identificarse y a construirse las niñas y los niños. Esther Ros García (2016) afirma que el cuento infantil trasmite segmentos de la cultura patriarcal, en donde los personajes que representan lo femenino y lo masculino reproducen la realidad social desigual en la que estamos inmersos.

Berger y Luckman (1997) estructuran el proceso de socialización en tres etapas que especifica la socialización primaria, secundaria y terciaria, siendo la primera el inicio de la misma y tiene lugar en la familia y en la escuela. Esther Ros García (2016) plantea que los niños eligen los modelos con cuales identificarse y reconocer qué es correcto y que no, en base a los discursos moralistas de éstas dos instituciones. En este sentido explica que en la familia, los padres ejercen su papel




socializador, “fundamentalmente, por dos vías de actuación: como modelos (atractivos y afectuosos) y mediante las prácticas educativas que llevan a cabo”. Mientras que en la escuela puede modificar y potenciar los efectos de la familia, de ahí la importancia de la cooperación familia-escuela en la etapa. Entonces como instituciones encargadas de la transmisión de los conocimientos y valores de la cultura en la que viven, también se encuentran vinculadas “por tanto, de preparar a niños para el desempeño adecuado del rol de personas adultas activas en las estructuras sociales establecidas” (Perriconi, 2015, p. 77-79).

En este sentido, Graciela Perriconi analiza en términos históricos cómo los roles de niñas y mujeres en los cuentos tradicionales construyen las subjetividades de lo femenino. De ésta manera seleccionó los primeros cuentos conocidos por vía oral y transcritos en letra impresa a partir del siglo XVII por Charles Perrault y los hermanos Grimm en el siglo XIX, como Caperucita, Blancanieves y Barbazul. Es por esto que explica que las protagonistas principales son “heroínas” que suelen conocerse y consumirse en la escuela media “por decisión propia o mandato formativo”. El héroe, el protagonista por excelencia, será quien ejemplifique los comportamientos socialmente aceptados. Así se promueve que se sigan construyendo dos mundos dicotómicos que asignan funciones diferentes según lo femenino asociado a lo amable, bueno y paciente, al cuidado y a la responsabilidad; y lo masculino unido a la baja emocionalidad y al trabajo remunerado.

Por otro lado, la necesidad de crear un bloque de literatura en base al mundo imaginario que propone incluye que la literatura despierte la función imaginativa del lenguaje a través de la interacción comunicativa con el contexto social y cultural en el que vivimos. En este sentido, el lenguaje es otro de los factores que se encuentra vinculado en términos contextuales epocales a la sociedad en la que vivimos. Para poder hacer la práctica de lectura, tanto lenguaje como contexto son necesarios.

Entonces el lenguaje como proceso de construcción constante, se resignifica hacia la perspectiva de género. En este sentido, es necesario definirlo. Para Judith Butler, el género es una construcción cultural que nada tiene que ver con lo biológico, ni con resultado causal del sexo, ni con los pares binarios en el que el varón responde exclusivamente a los cuerpos de los



varones o que las mujeres se interpreten sólo como cuerpos femeninos. Existe un estatus construido desde el imaginario social que implica que las personas deban optar por uno de estos pares dicotómicos. Butler plantea que el género, al ser una interpretación cultural “se observa desde lo discursivo y opera regulando los procesos de construcción de las identidades colectivas” (1997, p. 10).

Por tanto y de a poco comienzan a emerger productos literarios con perspectiva de género como la serie de *Cuentos Antiprincesas*. Su autora, Nadia Fink, rompe con los modelos donde los estereotipos, con el mundo relacionado con las princesas Disney. El primer relato mostró a Frida Kahlo. O “Érase dos veces”, una reversión de los cuentos clásicos como “Caperucita Roja”, “Blancanieves”, “Hansel y Gretel” y “La Bella Durmiente”.

La necesidad de abordar la literatura infantil con perspectiva de género de los cuentos infantiles, se demanda desde una sociedad más sensible. El cuento como instrumento socializador es transmisor de los valores y usos de una comunidad, en la que es usado con una doble función: educativa y de ocio.

Es por esto que la educación contribuye a desarrollar capacidades y actitudes para valorar y respetar también la diversidad de sexualidades, para lo que es necesario producir éste tipo de lecturas y hacer prácticas literarias con perspectiva de género cada vez más amplias a la vez que inclusiva, que superen lo normativo.

Bibliografía

- Butler, J (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Martínez, T. C. (2005). *El desenlace de los cuentos como ejemplo de las funciones de la literatura infantil y juvenil*. *Sociedad Lectora y educación*. [En línea]. Recuperado el 6/7/2018 de: http://www.revistaeducacion.educacion.es/re2005/re2005_16.pdf
- Perriconi, G. (2015). *La construcción del género en la literatura infantil y juvenil*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Ros García, E. (2016). Socialización del género a través del cuento infantil, en la Comunidad Autónoma de Andalucía. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Sevilla, Sevilla. [En línea]. Recuperado el 6/7/2018 de: <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/40261>
- Berger, P. L., Luckmann, T., & Estruch, J. (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona: Paidós.
- Viñas, R. (2016). “Evaluar la lectura y la escritura. El desafío en el primer año de los estudios superiores”, en Revista *Letras*. La Plata: CILE-FPyCS-UNLP. [En línea]. Recuperado el 6/7/2018 de: <http://perio.unlp.edu.ar/letras/arts/art12/>

Entre la dialéctica del lenguaje y sociedad:
Literatura infantil con perspectiva de género